



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

LA SAN FELICE

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

CAPÍTULO PRIMERO

Un hidalgo y seis matones.

Existe en Nápoles, á un extremo de la Margelina, á unos dos tercios poco más ó menos del monte Pausilipo, que en la época de la cual hablamos no era más que un sendero casi impracticable; existe una extraña ruina que avanza en toda su longitud sobre un escollo incesantemente batido por las olas del mar, y que á la hora en que se determinan las mareas éste penetra en sus departamentos bajos, de forma que es como el roído esqueleto de un palacio nunca terminado y que ha llegado á su decrepitud sin conocer nunca la vida.

La memoria del pueblo conserva con más tenacidad la popularidad del crimen que la memoria de las virtudes. Así, por ejemplo, el pueblo de Roma que olvida los gloriosos reinados de Marco Aurelio

y de Trajano, no muestra al viajero las ruinas de ningún monumento que recuerde estos emperadores; mas en cambio se entusiasma en el del envenenador de Británico y del asesino de Agripina, y une el nombre de Domicio Enobarbo á todos los monumentos, aunque sean posteriores á él en ocho siglos, y muestra las termas de Nerón, la torre de Nerón y el sepulcro de Nerón. Esto es lo que hace el pueblo de Nápoles que ha bautizado la ruina de la Margelina — á pesar del visible mentís que le da su arquitectura del siglo xvii — con el nombre de palacio de la reina Juana.

Aquel palacio que es unos dos siglos posterior al reinado de la impúdica Angevina, fué levantado, no por la regicida esposa de Andrea, ó por la amante adúltera de Sergiani Caracciolo, sino por Ana Caraffa, mujer del duque de Medina, favorito de aquel Olivares llamado el conde-duque, el cual era, á su vez, favorito del rey Felipe IV. Olivares al caer trajo consigo la caída de Medina que fué llamado á Madrid y que dejó en Nápoles á su mujer, objeto del doble odio que ella había levantado por su orgullo y él con su tiranía.

Cuanto más humildes son los pueblos durante la prosperidad de sus tiranos, más implacables son el día de su caída. Los napolitanos que no habían

exhalado una queja mientras gobernó el virrey, cuando éste se halló en desgracia le persiguieron en su mujer, y Ana Caraffa, objeto de los desdenes de la aristocracia, víctima de los insultos de la plebe, dejó á Nápoles y fué á morir á Portici, dejando su palacio medio concluido, simbolo de su fortuna rota en mitad de su carrera.

Desde aquel tiempo el pueblo napolitano hizo de aquel gigante de piedra el objeto de sus sombrías supersticiones: aunque su imaginación no se distinga por la nebulosa poesía de los hijos del septentrion, y que los fantasmas, ordinarios habitantes de las nieblas, no osen aventurarse en la límpida y transparente atmósfera de la moderna Partenope, ha poblado, no se sabe por qué, aquellas ruinas de espíritus malos que asustan á los incrédulos bastante osados para aventurarse en el interior de aquel palacio en esqueleto, ó bien, á los que, aún más valientes, trataban de concluirlo sin embargo de la maldición que sobre él está pesando, y sin embargo de que el mar, en su ascenso progresivo, lo iba invadiendo y arruinando. Se hubiera dicho que aquellas inmóviles é insensibles murallas habían heredado las humanas pasiones, y que las almas vengadoras de Medina y de Ana Caraffa habían ido á habitar, después de muertas, aquella mansión

desierta y ruinoso donde no habían podido morar mientras vivían.

Esta superstición se había acrecentado en 1798 — época en que nuestro relato empieza — por las historias que habían circulado entre el pueblo de Margelina, es decir entre la población más próxima al teatro de estas lúgubres tradiciones. Contábase que desde hacía algún tiempo en el palacio de la reina Juana — pues según ya dijimos el pueblo le daba este nombre que nosotros aceptamos como novelistas, pero contra el cual protestamos como arqueólogos; — contábase que en él se oían rumores de cadenas mezclados con gemidos; que por entre las abiertas ventanas y bajo las sombrías arcadas se habían visto luces de un azul pálido errando solitarias en las deshabitadas y húmedas estancias; y se añadía, en fin, que aquellas ruinas se habían convertido en antro de bandidos.

Esto último se hallaba justificado, según algunos, por el dicho de un viejo pescador llamado Basso Tomeo, á quien todo el mundo concedía gran crédito.

He aquí lo que contaba:

Cierta noche la tempestad le obligó á refugiarse en una ensenada que forma el escollo en que se halla asentado al castillo, y Basso Tomeo vió entre

las tinieblas de los vastos corredores sombras vestidas con la larga túnica de los *blancos*, que es el ropaje talar vestido por los penitentes que asisten á los condenados al patíbulo.

Al sonar las doce en el reloj de la Madona de Pie-di-Grotta, uno de aquellos hombres ó de aquellos diablos, apareció sobre la roca á cuyo pie se balanceaba su lancha, detúvose en ella por un instante y en seguida se dirigió hacia él bajando el declive del peñasco.

Un momento después sintió que su lancha se inclinaba al peso de su cuerpo. Basso entreabrió asustado sus párpados para ver lo que hacía tan singular huésped, y vió como á través de una nube aquel hombre de sepulcrales formas, el cual se inclinaba sobre él puñal en mano. Luego sintió cómo la punta de éste se apoyaba en su pecho. Comprendiendo Tomeo que trataba únicamente de asegurarse si dormía, permaneció inmóvil fingiendo la respiración del hombre sumergido en el sueño más profundo. La terrible aparición, luego de permanecer en la actitud indicada, subió la escarpa, se detuvo en ella un instante como para asegurarse de que el pescador seguía durmiendo y desapareció en la obscuridad de las ruinas.

Basso quiso coger los remos y emprender la fuga;

pero después reflexionó que esto indicaría que su dormir había sido fingido, lo cual podía traer fatales consecuencias.

De todos modos, esta escena produjo en él tan honda impresión que abandonó la Margelina con sus tres hijos y una hija llamada Asunta, y fué á establecerse en la Marinella.

Estos rumores tomaron cuerpo entre el pueblo napolitano, que es el más supersticioso de los pueblos. Desde el Pausilipo hasta la iglesia de la Madona de Pie-di-Grotta, circulaban nuevos relatos que hacían estremecer á las familias reunidas en torno del hogar y á los pescadores que aguardaban sentados en sus lanchas la hora de echar sus redes.

Los más inteligentes que no creían en apariciones ni en la maldición que pesaba sobre el castillo, eran los primeros en acrecentar estos rumores. Atribuían todas estas leyendas á causas mucho más graves. Decían por lo bajo que irritada la reina María Carolina por los acontecimientos que llevaron al patíbulo á su cuñado Luis XVI y á su hermana María Antonieta, estableció para perseguir á los revolucionarios en una sala de palacio una cámara oscura, llamada así por las tinieblas en que permanecían jueces y acusadores, una especie de tribunal secreto, apellidado de la *Santa Fe*; añadían

que pronunciaba sentencias de muerte de las que no se daba noticia al acusado sino cuando Pascuale de Simone, el ejecutor de sus sentencias, las notificaba con su puñal.

Simone decía una sola palabra al oído de las víctimas y en seguida las hería con golpe tan certero que ninguno escapaba á la muerte, y para que no se ignorase quién lo daba tenía la costumbre de dejar clavado en la herida su puñal, en cuyo mango se veía una cruz y las dos letras S.F., iniciales de *Santa Fe*.

También corría la versión de que en las ruinas del castillo había una partida de bandidos que trabajaba por cuenta propia, y haciendo creer que obraban en virtud de la real venganza, lograba la impunidad de sus crímenes.

Entretanto el curso de los sucesos nos indica lo que se hacía en el castillo, presentaremos á nuestros lectores uno de los personajes más importantes de este libro.

En la noche del 22 de Septiembre de 1798 un hombre acababa de salir de estas ruinas después de haber cambiado en voz baja algunas frases con otro hombre que se había quedado en las mismas, y de recibir de éste cierto documento que metió en un bolsón de hule.

El que abandonaba aquel sitio era un guapo joven ayudante de campo del general Championnet, del cual tendremos ocasión de hablar en el curso de nuestra historia.

Llamábase Salvato Palmieri y se distinguía por el valor y bizarría que desplegaba en los combates.

Al salir del palacio nuestro joven echó en torno suyo una mirada. Era noche de tempestad y á la luz de un relámpago vió que la calle estaba solitaria.

Por más que no lloviese, el trueno retumbaba en el espacio. Al salvar el ángulo más obscuro de las ruinas parecióle á Salvato que la silueta de un hombre se dibujaba en uno de sus muros. Greyó que esto no valía la pena de llamar su atención, pues armado como iba nada podía importarle aquel hombre.

Esto sin embargo, á los veinte pasos volvió hacia atrás la cabeza. No se había engañado : aquel hombre cruzaba por su camino y se veía que trataba de coger por la izquierda.

Diez pasos más lejos creyó distinguir por encima de la pared que bordea el mar y que sirve como de muralla al camino, una cabeza que al acercarse el joven hacia ella se ocultó rápidamente. Inclínose en el muro, dió una ojeada al otro lado del mismo y

sólo vió un jardín con árboles cuyas densas copas llegaban hasta él.

Durante este tiempo el primer hombre había ganado terreno y andaba con él de un modo paralelo. Salvato se le acercó pero sin que pudiese de vista el sitio donde se había ocultado la cabeza.

Á la luz de un relámpago vió entonces tras sí un hombre que saltaba el muro y que cual él se dirigía hacia la Margelina.

Llevó la mano á su cinto, se convenció de que sus pistolas saldrían de él muy fácilmente, y siguió su camino.

Aquellos dos hombres continuaron andando con él paralelamente.

Pero el uno se le adelantaba algún tanto yendo á su izquierda ; el otro iba detrás de él siguiendo por la derecha.

Cuando llegó cerca del Casino del Rey vió que otros dos hombres permanecían situados en el centro del camino. Ambos se disputaban con esa multiplicidad de gestos y gritos que caracterizan á la plebe de Nápoles.

Salvato armó sus pistolas debajo de su capa, y sospechando que aquellos hombres le acechaban para jugarle una trastada, y en vista que no dejaban

franco el paso, dirigióse resuelta y derechamente hacia ellos.

— ¡Hola! ¡eh! dejad libre el camino, les dijo en buen napolitano.

— ¿Y por qué hemos de dejarlo libre? interrogó uno de aquellos dos hombres con voz burlesca y olvidando la disputa que con el otro sostenía.

— Porque el centro de la calle de Su Majestad el rey Don Fernando se ha hecho para los hidalgos y no para los bribones cual vosotros.

— ¿Y si no os dejara franco el paso? replicó el otro de aquellos dos hombres.

— No diría nada y me lo abriría por mí mismo.

Y descolgando las pistolas de su cinto se dirigió hacia ellos.

Los dos hombres se apartaron; mas luego le siguieron.

Salvato oyó á uno de ellos que parecía ser el jefe, que decía:

— ¡Es él!

El joven comprendiendo que estaba amenazado se detuvo.

Aquellos hombres hicieron lo mismo situándose á su lado.

Estaban á diez pasos uno de otro.

El sitio se hallaba desierto.

Á la izquierda había una casa cuyas ventanas estaban cerradas y cuya tapia bordeaba un jardín dejando ver la cima de un bosque de naranjos cuyas hojas se estremecían al soplo de la brisa, y un álamo cuya flexible y alta copa se levantaba ó bien se inclinaba tras la cerca.

Á la derecha estaba el mar.

Salvato dió unos pasos hacia adelante y volvió á detenerse.

Aquellos hombres que habían vuelto á andar cual él también se detuvieron.

El mancebo retrocedió.

Los cuatro hombres, que se habían reunido y que á no dudarlo se habían puesto de acuerdo, le esperaron.

— No solamente, les dijo Salvato cuando estuvo á cuatros pasos de ellos, no solamente quiero que se me deje el paso franco, sino que exijo que nadie me siga.

Dos de aquellos hombres habían sacado ya su navaja y la empuñaban con fuerza.

— Vamos, dijo el que parecía su jefe; quizá haya medio para que nos entendamos, pues de la manera con que habláis el napolitano es imposible que seáis francés.

— ¿Y qué te importa que yo sea francés ó napolitano?

— Me conviene saberlo. Así, pues, responded francamente.

— Yo creo, bribón, que te permites interrogarme.

— ¡Oh! lo que hago, señor hidalgo, es en obsequio vuestro y en el mío. Veamos: ¿sois acaso el hombre que viniendo de Capua, jinete en un alazán y vistiendo el uniforme francés, ha cogido una lancha en Pauzzolas, y á pesar de la tempestad obligó á unos marineros á que le condujesen al palacio de la reina Juana?

Salvato podía contestar de un modo negativo ó bien usar el *patois* napolitano á fin de acrecentar las dudas del hombre que le interrogaba; mas parecióle que el mentir, aunque se tratase de contestar á un esbirro, era siempre mentir ó bien cometer una acción impropia de un hombre digno.

— ¿Y si efectivamente era yo, preguntó Salvato, qué es lo que ocurriría?

— ¡Oh! si erais vos, dijo el matón con acento sombrío y moviendo la cabeza, yo me vería en el caso de mataros; á menos, sin embargo, que consintieseis en darme, con buena voluntad, ciertos papeles que lleváis encima.

— Entonces sería necesario que en vez de cuatro

fueseis veinte bribones: con los que sois no hay bastante para matar ni aún para robar á un ayudante de campo del general Championnet.

— Vaya, ¡es él!.. no hay que dudarle. Es necesario concluir. ¡Á mí, Becayo! gritó aquel hombre.

Al oír esta voz, dos de los cuatro matones se destacaron del hueco de una puerta que había en la cerca del jardín y embistieron por la espalda á Salvato.

Pero éste se volvió con la rapidez del rayo y disparó sus pistolas contra los dos hombres que empuñaban la navaja.

Uno de ellos quedó muerto; el otro gravemente herido.

Luego desembozando su capa y arrojándola, echó mano á su sable y de un tajo dado al revés asestó una cuchillada en el rostro de aquel á quien el jefe había reclamado su auxilio con el nombre de Becayo.

En seguida con la punta del sable hirió á su compañero.

Creía que por fin se había desembarazado de sus agresores, puesto que de seis que eran había cuatro fuera de combate, y no teniendo que luchar más que con el jefe y otro de los esbirros que se mantenía discretamente á unos diez pasos de distancia, iba á dar cuenta de ellos, cuando en el mismo instante en

que se volvía para embestirles vió brillar algo como un rayo, que saliendo de mano del jefe llegó hasta él silbando, sintiendo un vivo dolor en el pecho.

El asesino, no atreviéndose á acercársele, le había arrojado su cuchillo. La hoja se había hundido entre la clavícula y el hombro derecho, y únicamente se veía el mango en la herida.

Salvato cogió la navaja con la mano izquierda, la arrancó y dió algunos pasos hacia atrás, pues le pareció que la tierra faltaba debajo de sus plantas. Luego, buscando un punto de apoyo, encontró la cerca y se arrimó á ella. Todo empezó á girar en torno suyo, y su última sensación consistió en creer que la tapia cedía también como la tierra.

Un relámpago que brilló en el cielo se ofreció á su vista, no azul, sino de color de sangre. Extendió los brazos, tentó su sable y cayó desvanecido.

En el postrer destello de la razón parecióle que los dos esbirros se lanzaban sobre él. Hizo un esfuerzo por rechazarles; pero todo concluyó en un suspiro, que según él, debía ser el último.

De pronto la puerta donde había ido á caer se abrió y se cuerpo se derrumbó en el jardín.

Le recibieron unos brazos.

Estos brazos eran de una mujer; pero de una mujer joven y hermosa.

CAPÍTULO II

La hechicera.

Para la mejor inteligencia de los hechos que acabamos de referir, suplicamos al lector que nos siga para bajar con él la cuesta del Pausilipo, dejar á nuestra espalda la tumba de Sannazar y el casino del rey Fernando, y en cuanto lleguemos á la mitad de la Margelina, nos detendremos en el espacio comprendido entre dicho casino y la fuente del León, frente á una casa llamada *de la Palmera*, porque en su jardín se veía uno de esos árboles, cuyos verdes penachos estaban cargados de dátiles.

Después de llamar la atención de nuestros lectores sobre aquella casa y de enseñarles, — para que no se asusten si deben cruzar por ella, — una puertecita abierta en la tapia, abandonaremos la calle, seguiremos á lo largo de aquella hasta llegar á una cuesta, desde la que empinándonos sobre nuestros pies quizá lograremos descubrir alguno de los secretos que aquella casa encierra, secretos que no carecerán de interés á juzgar por la persona que en ella va á iniciarnos.